

Notas de investigación

La institucionalización y profesionalización de las Ciencias Sociales en América Latina

José Luis Reyna

Esbozo

ESTAS LÍNEAS SE REFIEREN A UNA INVESTIGACIÓN QUE ESTÁ EN PROCESO. En julio de 2003 arrancó formalmente. No está en las etapas iniciales del mismo sino más bien en sus etapas intermedias. Se trata de un intento por contextualizar el surgimiento de las ciencias sociales, su institucionalización y su profesionalización, tomando en cuenta la experiencia de cinco países: Argentina, Brasil, Chile, México y Uruguay.

La heterogeneidad de los países seleccionados indica, casi sin necesidad de anotarlo, que las disciplinas orientadas al estudio del hombre han seguido rutas muy distintas entre sí. La historia política, económica y social de esos países tiene mucho que ver con el desarrollo de las disciplinas consideradas: la sociología, la ciencia política y la antropología. Hubo escollos múltiples que superar para poder afirmar que el desarrollo institucional de esas disciplinas ha tenido lugar. El caso de Chile, por ejemplo, muestra cómo una intervención militar, cuando es depuesto y asesinado el Presidente Salvador Allende en 1973, las orilló a la clandestinidad, pues su práctica era definida, desde el Estado, como subversiva del orden, una “amenaza” a las instituciones existentes y por tanto algo que no podía permitirse bajo el pretexto de la seguridad del Estado.

Considérese el caso mexicano y encontraremos otra historia: la antropología, la historia, y el derecho son las fuentes que permiten la aparición de la

sociología y ésta a su vez permite abrirle el camino a la ciencia política. México es un país cuyos antecedentes permitieron el desarrollo sustantivo de la antropología: la riqueza arquitectónica y el desarrollo de las civilizaciones prehispánicas son una parte integral de nuestra cultura. Si bien el mestizaje fundió dos razas, la mexicana y la española, hecho que se consolidó durante la Colonia, nuestro mundo, antes de la llegada de los españoles, es fundamental como parte de nuestra identidad, como factor de pertenencia y como raíz cultural. No es fortuito que la historia y la antropología hayan sido materias cultivadas desde el siglo XVI, aunque como veremos líneas más adelante no desde un punto de vista institucional.

Dando un gran salto, después del movimiento revolucionario de 1910, el país entró en una etapa de estabilidad política, explicada por una multitud de factores que no nos concierne introducir aquí. Sin embargo, de esa estabilidad y de la enorme creación de instituciones políticas se redujeron los escollos al compararse con lo que aconteció en Chile y Argentina, países que comparten un periodo convulso y siniestro durante el último cuarto del siglo XX. México, en contraste, fundó instituciones académicas que fueron financiadas por el Estado, lo que de alguna manera contribuyó al desarrollo de esas disciplinas.

No es la intención, empero, relatar fragmentos históricos que distingan a cada país. Vale mejor afirmar que se trata de una investigación comparada cuyos ejes son indagar, por un lado, cómo fueron tomando cuerpo las expresiones de institucionalización y profesionalización y, por el otro, cuáles son los puntos en que convergen o difieren en las distintas disciplinas consideradas para los cinco países mencionados. Por lo anterior, resulta muy significativo el vínculo que se puede establecer entre el contexto sociopolítico y el desarrollo de las disciplinas sociales. Como colofón de este apartado, permítaseme decir que las ciencias sociales son, entre otros, los instrumentos idóneos para poder contestar el qué, el por qué y el cómo de la vida en sociedad. La especialidad contribuye a que se haga énfasis en algún punto en particular. Sirvan de ejemplo los procesos electorales, que tienen que ver con la ciencia política y cuyo estudio nos muestra una fotografía y una película también del comportamiento de una sociedad: sus preferencias y sus oposiciones. La sociología puede desmenuzar un movimiento social, sus actores, sus conflictos y contradicciones. La antropología nos puede acercar a las comunidades que pueden ser útiles para valorar nuestro pasado en función de nuestro presente, como lo es también la historia. Caber señalar que las ciencias sociales son un "arma" de dos filos: por un lado ayuda a la comprensión (a la Weber), por llamarlo de manera genérica, del comportamiento humano. Por el otro, el análisis de éste puede conducir eventualmente a severas críticas contra la

estructura de poder, lo que a veces no es bien visto por quienes ocupan su cima.

Por tanto el análisis del desenvolvimiento de las ciencias sociales se torna crucial para poder explicar (o al menos intentarlo) la realidad que nos circunda y cuyo rasgo principal es su complejidad. Cabe anotar que en el proyecto se evita la distinción entre las ciencias sociales y aquellas que suelen denominarse como “ciencias duras”. El común denominador que las articula, y eso es lo que cuenta, es la búsqueda de la explicación basada en la evidencia que sostenga (o no) un argumento cuya fuente es un problema. Tal vez convenga anotar que las ciencias sociales sí guardan una diferencia con las otras porque el hecho social es unívoco, irrepetible, lo que no impide que, al ordenarlos por medio de un criterio teórico o metodológico, desemboquemos en pautas tan definidas como en las ciencias duras. Carecemos de los axiomas que nos permiten ejercitar el modelo lógico-deductivo.

Weber (1949) apuntaba que las ciencias, en general, podrían catalogarse en nomotéticas e ideográficas. Dentro de las primeras encontraríamos aquellas cuyos principios, axiomas y leyes se basan en regularidades empíricas y como tales se aproximarían más a una ciencia como la física. Su capacidad de predicción tiene una clara asociación con su estructura lógico-deductiva. Las otras se alimentarían más bien del dato unívoco cuya explicación podría mezclarse con la descripción del mismo. En otras palabras, las nomotéticas buscan la conexión entre leyes y eventos y de esa relación se desprenden las inferencias. Las ideográficas también pueden llegar a inferencias lógicas, pero están más orientadas a comprender el evento unívoco en su individualidad. Tal vez para algunos esta diferenciación les parezca extrema. No faltarían razones: en ambos tipos de ciencias la idea es encontrar la explicación, basada en el dato empírico y, con frecuencia, basándose en algún tipo de regularidad. No es fortuito, por tanto que las ciencias sociales hayan experimentado un proceso de desarrollo en que el hecho social puede tratarse como cosa, de acuerdo como lo sugirió Durkheim (1996). Bajo este supuesto de orden, los hechos sociales podrían insertarse en leyes o principios que explicaran las regularidades de los eventos que se investigan, aunque habría que reconocer que la capacidad predictiva de las ciencias sociales, si bien no inexistente, no tiene el mismo alcance que la mostrada por las llamadas ciencias duras.

El objetivo entonces es que, sin dejar de pensar en las ciencias sociales como disciplinas científicas, el esfuerzo se orientará para entender cómo se han conformado, detectar sus orígenes, seguir sus trayectorias y evaluar sus alcances como prácticas conducentes a la generación de conocimiento. Para hacerlo, la visión y concepción de la institucionalidad parece ser el factor más apropiado para intentar cumplir con el cometido.

Abordando el problema

Los investigadores de este proyecto son listados a continuación: el coordinador es Helgio Trindade de Brasil; Miguel Murmis está a cargo del estudio de Argentina, Manuel Antonio Garretón del de Chile, Gerónimo de Sierra del de Uruguay y quien escribe estas líneas del de México. El proyecto está auspiciado por un fondo que proviene del Programa Internacional de Estudios Avanzados de la fundación Maison des Sciences de l'Homme con sede en París, Francia.

Cada uno de nosotros tiene la responsabilidad de escribir sobre los procesos mencionados que animan esta investigación desde las respectivas perspectivas nacionales. Al momento de tener los estudios nacionales, que constituirían la dimensión "vertical" del análisis, el coordinador del grupo hará el análisis comparado cuyo objetivo es destacar las convergencias y divergencias de los procesos de institucionalización y profesionalización de ciencias sociales en los países seleccionados. En esto consistiría la parte "horizontal" del proyecto.

El eje del proyecto que nos concierne es la institucionalización y, por ello, tiene una definición previa que permitiría la acumulación de la información pertinente, así como su sistematización. Basado en uno de los documentos de trabajo de este proyecto, escrito por Miguel Murmis (inédito, de fecha 16 de febrero de 2004), se podría exponer la idea genérica de que el interés de la investigación es analizar el proceso por medio del cual una actividad social, en este caso la práctica de las ciencias sociales, llega a generalizarse y obtener reconocimiento social. Implica, además, el establecimiento de sistemas de aprendizaje (la universidad, por ejemplo) que tienen que ver con tales procesos y, mediante ese mecanismo, existiría la posibilidad de ingresar al mercado de trabajo: la profesionalización de las disciplinas.

En la literatura especializada es posible encontrar un sinnúmero de definiciones de "institución" e "instituciones". Una de las más frecuentes de encontrar en la literatura es la de Talcott Parsons. La institución es, de acuerdo con él, un conjunto de roles integrados que tiene una significación estructural en un sistema social determinado. La antítesis de la institucionalización es la anomia, esto es la ruptura del orden normativo (Parsons, 1951). Sin embargo, la opción que se ha tomado no es entrar en una discusión teórica del asunto que, en muchos sentidos, desviaría la ruta trazada en relación con lo que el proyecto persigue. Es preferible, en este caso, descansar en el pragmatismo y acudir a una definición operacional, como la entiende Lazarsfeld (1973), en el sentido de que dado un concepto, cuyo campo se inserta en la teoría, éste tiene dimensiones que lo especifican y éstas, a su vez, indicadores

que facilitan establecer el vínculo entre el planteamiento teórico y la realidad que se quiere captar, siempre tan resbaladiza.

Por tanto, nuevamente tomando como referencia el documento de trabajo de Murmis, la institucionalización es una actividad cuya presencia es recurrente. No es patrimonio de un individuo, ni de un grupo en particular sino que más bien tiende a ser una actividad expansiva, que tiene lugar en muchos sitios, practicada por muchos grupos y obviamente ejercitada por un gran número de individuos: los profesionales, esto es, los profesores e investigadores y los estudiantes que serían el receptáculo del conocimiento que garantiza, en muchos sentidos, la expansión de la práctica. Habría que agregar que es una actividad que está sujeta a normas. Su existencia, por tanto, rebasa el ámbito de la actividad y se inserta necesariamente en un contexto social. De éste, por tanto, obtiene reconocimiento. Cuando sucede, empieza a insinuarse la noción de institucionalización. Aquéllas tienen que asumirse y por tanto, de las mismas se desprenden derechos y obligaciones, responsabilidades y metas que cumplir por los miembros de las comunidades correspondientes.

Lo anterior sugiere como línea conductora del proyecto que la actividad, la práctica de las ciencias sociales, ya sea en docencia o en investigación, tiene más que un cierto nivel de generalización y recurrencia del que ocurre de manera regular y no en intervalos o de manera esporádica. Igualmente su normatividad, cuyo mejor ejemplo para el caso que aquí se expone, es el ámbito de la universidad, aunque otras instituciones pueden darle también el reconocimiento correspondiente, incluso el mismo Estado. Sirva de ejemplo el financiamiento que la universidad pública obtiene de los impuestos de los contribuyentes y reconocer, a la par, que en América Latina (México y Brasil, por ejemplo) la investigación científica generalmente está asociada con recursos públicos. La recurrencia de la actividad y la normatividad que la rige hace que se generen organizaciones especializadas (instituciones) cuyos objetivos son generar conocimiento, transmitirlo y difundirlo. Llegar a este punto es un proceso que toma tiempo y, en ocasiones, su germen puede ser el trabajo de un individuo. De esta manera, no podemos marginar la obra de tantos pensadores sociales que, para hablar de América Latina, enriquecieron con sus investigaciones y sus relatos los orígenes de nuestras sociedades, la composición de los regímenes políticos, la idiosincrasia de la gente. El punto puede ilustrarse tomando el caso de algunos mexicanos. Sin estar ligados, estrictamente hablando, a una institución, hay un gran número de ejemplos: el conquistador Hernán Cortés cuando escribió sus *Cartas de Relación*, en el siglo XVI, puede considerarse un análisis político pionero: describe las estructuras de poder prehispánicas, la estrategia que utilizó para la conquista

de México. Cortés, quién a pesar de haber tenido vínculos con la Universidad de Salamanca (Meyer, 2004) no puede ser considerado, con base en lo expuesto líneas arriba, miembro de una institución, y su trabajo citado un producto institucional. No estaba pautado, no respondía a normas y más bien podría considerarse un informe para mantener al tanto a los Reyes de España. Tal vez el trabajo de los funcionarios al servicio del Estado en el momento actual, especializados en ciertas disciplinas, pueda ser un referente comparativo.

De la misma forma podrían servir de ejemplo los innumerables trabajos de historia y jurisprudencia que proliferan desde el siglo xvii e incluso las obras literarias como la de Sor Juana Inés de la Cruz quien, teniendo un vínculo con la Iglesia, o sea una institución, ello no le daba el mismo carácter a su obra por el hecho de que no se articulaba con los fines de aquélla. Su poesía, para ejemplificar, más bien se distancia del carácter eclesiástico y, en contraste, satisface una necesidad personal, no recurrente, que pudo haber sido divulgada pero sin el ropaje de la institucionalidad, tal como se pretende manejar en este proyecto.

La institucionalización se refleja en la profesionalización. Ésta de alguna forma es la confirmación empírica de aquélla. Cuando se afirma que hay una práctica institucionalizada en el ejercicio de las ciencias sociales, se está implicando un elemento nodular: la existencia de una formación especializada que es ofrecida por una institución cuya organización así lo permite. No se trata de una formación especializada desvinculada del mercado pues perdería su carácter profesional. La profesionalización cobra vida en el mercado de trabajo. Puede afirmarse que entre mejor sea la especialización adquirida mejor será el nivel de profesionalización y, en teoría, mayores serán las probabilidades de ingresar a un mercado de trabajo. Es posible que estas aseveraciones sean discutibles, pues infortunadamente el mercado de trabajo en América Latina, en particular para aquellos profesionales de las ciencias sociales, tiende a restringirse con el transcurrir del tiempo. Sin embargo, en principio las consecuencias de la institucionalización se prolongan al ámbito de las profesiones y del mercado laboral. No todas las actividades institucionales se profesionalizan, nos dicen Miguel Murmis y Helgio Trindade. El rol de padre o madre, a pesar de estar institucionalizado, no se profesionaliza ni tiene que ver con un mercado de trabajo. Para desempeñar ese rol no es necesario pasar por un proceso de especialización brindado por una institución o una organización. Cabe anotar aquí que la diferenciación institucional, como es el caso de las universidades, da lugar a organizaciones diversas cobijadas en un mismo seno que producen especializaciones diversas cuyo destino final tendría que ser el mercado, el reconocimiento social, la remuneración y

con ello los procesos de movilidad social que suelen acompañar a los profesionales, llámense médicos, politólogos, sociólogos, químicos o físicos.

Hay un rasgo que no debe descuidarse, aunque en el proyecto que se presenta no se profundice: la vocación. Si bien se quiere demostrar que las instituciones y sus organizaciones y la profesionalización son elementos que conforman una tríada, hay que decir que la profesionalización y la especialización son las consecuencias de ese detonante que se llama vocación. Se practica algo por el interés de hacerlo, es más, por el gusto de realizarlo. En la realidad, en efecto, eso no existe: es una relación aleatoria que sin embargo implica un compromiso con la institución (la universidad, otra vez como ejemplo) a la que se pertenece.

Lo anterior tal vez ha sido un camino relativamente largo para llegar a la definición operacional de profesionalización: la formación (las carreras universitarias) que capacitan a los científicos sociales (nuestro caso). Esta definición supondría una investigación más que compleja pues tendría que analizarse además de las carreras universitarias, a los egresados de las mismas y su destino en un mercado laboral. No se hará este trabajo de manera exhaustiva, pero sí se considerará en el proyecto porque a fin de cuentas, para reiterar, la profesionalización vendría a ser una especie de confirmación de los procesos de institucionalización en América Latina.

La investigación y sus componentes

Después de la exposición anterior puede decirse que el proyecto persigue la comparación de los procesos de institucionalización, que varían de país a país, con el fin de conocer las vías mediante las que fueron construyéndose las ciencias sociales en los países seleccionados en este estudio. Implica la observación de las tendencias de internacionalización que las disciplinas consideradas han experimentado. La interacción con el exterior, valga anotarlo, se volvió un componente recurrente del quehacer científico-social en casi todos los países de América Latina. Las influencias académicas de Estados Unidos y de algunos países europeos (Francia, Alemania, Italia e Inglaterra) fueron decisivas en la construcción de la institucionalización.

La sociología norteamericana, en particular su corriente funcionalista, moldearon en buena medida la forma de cómo se practicaba y se hacía investigación y cómo se transmitía el conocimiento: la impartición de docencia. Sociólogos como Talcott Parsons (Parsons, 1951) y Robert K. Merton (Merton, 2002) marcaron los inicios de la etapa moderna de las ciencias sociales, haciendo énfasis en el enfoque funcionalista. Sus contribuciones

fueron importantes y su vigencia no se ha extinguido. Sin embargo el contexto sociopolítico de la región hizo equivalente ese enfoque con imágenes imperialistas por lo que, sobre todo en los años sesenta, se dio un vuelco que abrazó a la historia y a la teoría esbozada por Karl Marx. Mucho tuvo que ver el pensamiento de un influyente sociólogo estadounidense cuya notoriedad fue enorme durante la década de los cincuenta y los sesenta: Charles Wright Mills (Mills, 2003). Su crítica demoledora a la teoría funcional y al manejo de los datos, que para él empataban con una especie de “empirismo abstracto”, inició un rechazo ideológico y académico de todo aquello que se vinculaba, en general, con la sociología norteamericana.

La unicidad del hecho, el recuento histórico y la idea de la explotación fueron los componentes sustitutivos de las “asépticas” aproximaciones a la realidad. Independientemente, sin embargo, del cambio de enfoque, esos componentes, de uno y otro signo, conformaron una pauta y al final convergieron en un punto central para las ciencias sociales de la región: contribuyeron a su institucionalización y a su profesionalización.

De manera tentativa puede afirmarse que la institucionalización de las ciencias sociales en América Latina empieza a cobrar forma durante la segunda mitad del siglo pasado: en los años cincuenta. En México tal vez un poco antes, pues el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México se fundó en 1939 y, doce años después, la Escuela Nacional de Ciencias Políticas, en 1951. Brasil, por ejemplo, ofreció cursos de posgrado en sociología a mitad de los años cuarenta, cosa que ocurrió en México hasta mediados de los sesenta. No es la intención, sin embargo, describir los “momentos” sino más bien enumerar los componentes en los que descansa la investigación que se ha venido comentando.

De ahí que dependiendo del país, los periodos serán definidos de acuerdo con las circunstancias específicas de cada uno de ellos. Los encargados de los estudios de Brasil y México arrancan su recuento en 1940, el de Chile en 1952, el de Argentina en 1955 y el de Uruguay en 1958. De la definición del punto de partida puede inferirse que las ciencias sociales tienen antecedentes de institucionalización más antiguos en Brasil y en México. No es fortuito que, al tomar en cuenta estos dos países, se encuentre uno con que ambos concentran tres de cada cuatro programas de posgrado que se ofrecen en la región.

Con base en lo anterior, el proyecto se orienta a describir cuándo emergen las instituciones que permiten la práctica de las disciplinas, y cuáles sus impactos en la academia, pero también fuera de ella: los contactos con las esferas de lo político y económico, por ejemplo, que, de alguna forma, recogen la preocupación por el aspecto de la profesionalización. Para entender la

creación institucional, como se insinuaba líneas arriba, es imprescindible considerar el entorno sociopolítico y cultural.

De manera general, las ciencias sociales, en algunos casos, han sido objeto de censura e incluso de persecución por parte de los miembros de la clase política. El caso chileno a partir de 1973 o el argentino en 1976, cuando se instauran feroces dictaduras militares, muestran cómo se hizo de las ciencias sociales y sus practicantes uno de sus enemigos preferidos. Hablar sobre la actividad humana supone no sólo la concordia entre los grupos sociales, sino más bien conduce, de manera inevitable, al análisis del conflicto, rasgo inherente en todo grupo humano. Las contradicciones entre los grupos sociales, el ejercicio del poder, el abuso del mismo, los aspectos de la dominación, las políticas públicas son temas que pueden traducirse en críticas en contra del grupo entronizado en el poder. Las ciencias sociales son los medios idóneos para hacerlo. La práctica de estas disciplinas tiene un fuerte componente valorativo, está permeada por un sistema de valores que de una o de otra forma influye en los resultados, independientemente del rigor con que sea tratado cualquier objeto de estudio.

Así como pueden ser perseguidas también, dependiendo de las circunstancias, las ciencias sociales pueden ser favorecidas por los políticos. En México, para volver a poner un ejemplo, el Estado ha tenido momentos de gran acercamiento con los seres pensantes y no pocos de ellos han sucumbido ante los devaneos del poder. La crítica, a fin de cuentas, puede verse como un factor legitimador de un régimen. Varios periodos recientes de la historia de México podrían ilustrar a plenitud el punto.

La institucionalización de las ciencias sociales no ha sido un proceso mullido y lineal. Ha enfrentado escollos. Por razones de índole diversa, su financiamiento no siempre ha estado asegurado. Para sobrevivir, se ha acudido a los organismos internacionales y gubernamentales de algunos países desarrollados, que tienen como fin estimular la investigación y la generación de conocimiento científico. Uruguay difícilmente hubiera sobrevivido, en lo que se refiere a la práctica de las ciencias sociales, sin los apoyos internacionales que recibió, al igual que Chile y Argentina, que vieron auspiciadas sus labores académicas con recursos provenientes del exterior. Esto toca, de alguna manera, la parte de la internacionalización de las ciencias sociales: no sólo se da por el conocimiento sino también por el financiamiento.

Las temáticas cambian. No como modas pero sí desde la perspectiva de los problemas. Pese a que existe un proceso infinito de mutación, las instituciones desarrollan la capacidad de absorber y procesar esos cambios. Para ello, un recuento de las problemáticas más estudiadas y las aportaciones más significativas tienen que ser consideradas. Es una especie de mapa dinámico

y cambiante, incluso expansivo por la creación de nuevas instituciones, el que es necesario construir para entender a cabalidad el origen y desarrollo de los procesos de institucionalización y profesionalización de las disciplinas sociales. Las disciplinas varían en cuanto a su importancia. Hace unas cuantas décadas la sociología era, tal vez, la más demandada de las áreas de conocimiento en el conjunto de la región. Legiones de estudiantes se inscribían para hacer los estudios correspondientes. Había una especie de compulsión para entender el papel de los grupos sociales, el conflicto de clases, la falta de democracia y el exceso de autoritarismo. Hoy en día, la sociología tiende a palidecer y, en contraste, la ciencia política ha adquirido un valor creciente en cuanto al manejo de sus objetos de estudio.

El enfoque de los problemas, los objetos de los estudios, son también cambiantes. Hace unos años la perspectiva de análisis más socorrida era la "macro". El planteamiento "totalizador", aunque se tratara de investigaciones que podrían reducirse a una comunidad pequeña o un pequeño grupo. Hoy se observa una especie de especificación de los problemas que hacen del proceso de investigación uno que podría insertarse en lo "micro". La investigación se ha hecho más puntual, más acotada y poco a poco los investigadores se han alejado del "gran planteamiento" teórico con escuálidos resultados empíricos. Se ha logrado una especie de balance entre el manejo teórico y los datos. El uso de encuestas, de técnicas estadísticas son más frecuentes de encontrar en las investigaciones que se realizan en los distintos países de la región.

Lo anterior sugiere que hay un cambio incesante, que puede ser visto desde muchos ángulos, y que tienen que ver con la institucionalización de las disciplinas sociales y, por supuesto, con el mercado de trabajo. El proyecto busca captar en su conjunto este tipo de componentes, incluyendo una revisión de las publicaciones, de las revistas especializadas que se publican, las investigaciones que se hacen. Se intentará hacer los análisis correspondientes para explicar por qué una teoría puede ser privilegiada en un momento y ser sustituida por otra. La importancia que se le concede al dato, a la prueba de hipótesis, formarían parte de la investigación que aquí, sumariamente, se ha expuesto.

Colofón

Se ha descrito a grandes rasgos los objetivos de un proyecto de investigación que se ve animado para conocer más el origen y el desarrollo de las disciplinas sociales en algunos países de la región. La institucionalización es el pro-

ceso que puede arrojar luz sobre el ejercicio de nuestras disciplinas en un periodo que abarcaría las últimas cinco o seis décadas. Saber el desenvolvimiento de las ciencias sociales puede sugerir caminos de lo que falta por hacer sobre la base de lo que hasta ahora se ha hecho. En este sentido, puede ser una contribución al conocimiento y eventualmente el germen para futuras investigaciones sobre el tema.

Recibido: enero, 2004

Revisado: marzo, 2004

Correspondencia: El Colegio de México/Centro de Estudios Sociológicos/
Camino al Ajusco núm. 20/Col. Pedregal de Santa Teresa/C. P. 10749 México,
D. F./correo electrónico: jreyna@colmex.mx

Bibliografía

- Durkheim, Émile (1996), *Las reglas del método sociológico*, trad. de Antonio Ferrer y Robert, México, Editorial Coyoacán. [1a. ed. en francés 1895.]
- Lazarsfeld, Paul (1973), "De los conceptos a los índices empíricos", en Paul Lazarsfeld y Raymond Boudon (comps.), *Metodología de las Ciencias Sociales*, vol. 1, *Conceptos e índices*, trad. de Jaime Melendres, Barcelona, Editorial Laia, pp. 35-46. [1a. ed. en francés 1965.]
- Merton, Robert K. (2002), *Teoría y estructura sociales*, trad. de Florentino M. Torner y Rufina Borques, México, Fondo de Cultura Económica. [1a. ed. en inglés 1949.]
- Meyer, Lorenzo (2004), "La utilidad práctica de la ciencia social", México, *Diario Reforma*, 22 de julio.
- Mills, Charles Wright (2003), *La imaginación sociológica*, trad. de Florentino M. Torner, México, Fondo de Cultura Económica. [1a. ed. en inglés 1959.]
- Parsons, Talcott (1951), *The Social System*, Nueva York, The Free Press.
- Weber, Max (1949), *The Methodology of the Social Sciences*, trad. y ed. de Edward Shils y Henry Finch, Nueva York, The Free Press. [Los textos que forman este libro fueron publicados por primera vez en alemán en 1904, 1905 y 1917.]

